



BX1756

.L3

S4

v.1

1854

175800



1080015985

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

H

**SERMONES**

PREDICADOS

**EN LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE PARIS.**

---

**TOMO I.**

# SERMONES

PREDICADOS

EN LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE PARIS

POR EL R. P.

**ENRIQUE DOMINGO LACORDAIRE,**

DEL ÓRDEN DE PREDICADORES.

PUBLICADOS CON APROBACION DEL MISMO.

NUEVA EDICION,  
MAS COMPLETA QUE LAS ANTERIORES.

TOMO PRIMERO.



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
Biblioteca Valverde y Tellez

PARIS,  
LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS,  
SUCESORES DE D. V. SALVÁ,  
Calle de Saints-Pères, nº 6.

1854.

45197

SAINT-CLOUD. — IMPRENTA DE LA VIUDA DE BELIN.

BX 1756

L3

S4

1854

v1



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## PRÓLOGO.

El pecado original ha causado al hombre tres heridas curables en este mundo por efecto de la Redencion, á saber : la concupiscencia, la ignorancia y el error; la concupiscencia, que le desvia de Dios arrastrándole con frenesí hácia todos los objetos sensibles ; la ignorancia, que le separa de él por las tinieblas que amontona en su mente sobre la naturaleza y la accion divinas ; el error, que le atrae y le detiene por una falsa luz lejos del resplandeciente centro de la justicia y de la verdad. Estos tres focos del mal, que nos son transmitidos con la vida, pero que son nuestra prueba y el manantial de nuestro mérito, se ven continuamente combatidos, en nombre de Jesucristo por los Sacramentos y la palabra, de que la Iglesia Católica es activa depositaria. Por medio de los Sacramentos purifica nuestro corazon, derramando en él una efusion de la eterna santidad que existe en Dios; disipa las sombras que circundan el entendimiento, haciendo que penetre en él una luz superior á la de la naturaleza; fortifica nuestra débil lógica contra las astucias de una deduccion engañosa, comunicándole la rectitud de la humildad : pero á esta accion interior que ejerce sobre nuestra alma, ha querido Dios reunir la accion exterior de la palabra, porque nada de lo que santifica al hombre debe ser puramente espiritual, siendo el hombre á la vez, siempre y donde quiera, carne y espíritu ; y así como los Sacramentos están destinados á producir un triple efecto de pureza, de luz y de rectitud, la palabra de la Iglesia está consagrada en los consejos de Dios á santificar, esclarecer y apartar al hombre del engaño. De aquí una triple predicacion : la predicacion de las costumbres, que combate la concupiscencia ; la

L. I.

<sup>a</sup>  
008571

predicacion de la enseñanza, que combate la ignorancia; la predicacion de la controversia, que combate el error.

Cuando Jesucristo decia al pueblo: *Bienaventurados los pobres de espíritu* (1), era la predicacion de las costumbres. Cuando decia al Fariseo, que habia venido á sondearle de noche: *Si no se renace del agua y del Espíritu Santo, no se puede entrar en el reino de los cielos* (2), era la predicacion de la enseñanza. Cuando respondia á los Saduceos, que deseaban suscitarle dificultades acerca de la resurreccion de los muertos: *¿No habeis leído lo que Dios ha dicho: Soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; no es pues el Dios de los muertos, sino de los vivos* (3)? era la predicacion de la controversia.

Estas tres predicaciones son perpetuas en la Iglesia, porque siempre tiene en su presencia hombres débiles, hombres ignorantes, hombres engañados. Pero diferenciándose de las pasiones, que de continuo permanecen las mismas, ó que por lo menos no sufren mas que aparentes modificaciones, la ignorancia y el error varian casi hasta lo infinito, revestidas alternativamente con el traje de la barbarie, de la civilizacion, de la decadencia, y tomando de los pueblos, para adormecerlos ó avasallarlos, su propio temperamento y su genio nativo. Son la antigua serpiente de perdicion, que cambia de colores al influjo del sol de cada siglo. Así pues, mientras que la predicacion de las costumbres no sufre mas que diversidad de estilo, conviene que la predicacion de la enseñanza y de la controversia, flexible como la ignorancia, sutil como el error, imite su versatilidad poderosa y los estreche con armas constantemente renovadas en los brazos de la verdad inmutable.

Los sermones que publicamos no pertenecen precisamente ni á la enseñanza dogmática, ni á la controversia pura. Participando de la una y de la otra, de la palabra que instruye y de la palabra que discurre, destinados á un país en que la ignorancia religiosa y la cultura del talento corren parejas, y en que el error es mas atrevido que sabio y profundo, hemos pro-

(1) S. Mateo, cap. 5, vers. 3.

(2) S. Juan, cap. 3, vers. 5.

(3) S. Mateo, cap. 22, vers. 31 y 32.

curado hablar en ellos de las cosas divinas en un idioma que fuese derecho al corazon y á la situacion de nuestros contemporáneos. Dios nos habia preparado para esta tarea permitiéndonos que viviésemos largos años en el olvido de su amor, llevándonos por las mismas vias que nos destinaba á recorrer un día en sentido contrario. De modo que para hablar como lo hemos hecho, solo hemos necesitado de un poco de memoria y de oido, y de situarnos en lontananza de nosotros mismos, en union con un siglo del que todo lo habíamos amado. De aquí presumo que provienen las simpatías que nos han sido prodigadas, y tambien las voces acusadoras que nos han perseguido. Nos han tratado los unos como al hermano que se aventura en las regiones de la fe, y los otros como al hermano perdido en las reminiscencias del mundo. Y hemos procurado estar serenos respecto de los unos y de los otros, tanto respecto de la humillacion como de la victoria. Dios, que es el juez de los corazones, nos ha sostenido en este empeño.

Se ha preguntado cuál era el objeto práctico de estos sermones: ¿cuál es, se ha dicho, el objeto de esta palabra singular medio religiosa, medio filosófica, que afirma y que debate, y parece columpiarse en los confines de la tierra y del cielo? Su objeto único, exclusivo, aun cuando se le haya impugnado por este lado, es preparar las almas á la fe, porque la fe es el principio de la esperanza, de la caridad y de la salvacion; y porque este principio, debilitado en Francia por sesenta años de una literatura corruptora, aspira á renacer, y solo pide el impulso de una palabra amiga, de una palabra que suplique mas bien que mande, que contemple mas bien que hiera, que entreabra el horizonte mas bien que lo desgarre, que trate, en fin, con el entendimiento y le facilite la luz, como se contempla la vida en un ser enfermo y tiernamente amado. Si este objeto no es práctico, ¿cuál puede serlo sobre la haz de la tierra? Por lo que hace á nosotros, que hemos conocido el dolor y la seduccion de la incredulidad, cuando hemos derramado una sola gota de fe en un alma atormentada por la magia de su ausencia, nos damos el parabien, y bendecimos á Dios, y nos daríamos el parabien y le bendeciríamos aun cuando no lo hubiéramos conseguido sino una sola vez en a vida á costa del sudor de cien discursos. Si nosotros no lo alcanza-

mos, en pos vendrán otros, y harán madurar la espiga y con la hoz reunirán la cosecha; el Señor lo ha dicho: *Uno es el que siembra, y otro el que recoge el fruto* (1). La Iglesia no cuenta solo con una especie de operarios; los tiene de diversos templos, formados por ese espíritu que se *imbuje donde quiera, que reparte sin tasa, pero con distribución*, que hace á los unos apóstoles, á los otros profetas, á estos evangelistas, á aquellos pastores y doctores, á fin de emplear toda santidad en el ministerio que edifica el cuerpo de Cristo (2). Hijos de este espíritu uno y múltiple, respetemos su presencia en cada uno de nosotros; y luego que un alma vibra en el siglo el son de la eternidad, luego que da testimonio en favor de Jesucristo y de su Iglesia, no nos mostremos ya mas rigurosos que el que ha dicho: *Todo el que no está contra vosotros, está por vosotros* (3). No se trata de seguir las reglas de la retórica, sino de hacer conocer y amar á Dios; tengamos la fe de S. Pablo, y hablemos tan mal como él la lengua griega.

Llamado por la elección de dos obispos á la primera cátedra de la Iglesia de Francia, he defendido en ella la verdad como me ha sido posible, al menos con un acento sincero que ha conmovido á las almas. Hoy publico las palabras pronunciadas entonces. Llegarán al lector frias y descoloridas; pero cuando en la tarde de otoño caen y yacen por tierra las hojas secas, mas de una mirada y de una mano las buscan todavía: y aun cuando todas las desdénasen, puede arrastrarlas el viento, y preparar con ellas una cama á algun pobre de quien se acuerda la Providencia en las altas regiones del cielo.

(1) S. Juan, cap. 4, vers. 37.

(2) S. Juan, cap. 3, vers. 34. — S. Pablo á los Hebreos, cap. 2, vers. 4. — *Idem* á los Efesios, cap. 4, vers. 11 y 12.

(3) S. Marcos, cap. 9, vers. 39.

# SERMONES

PREDICADOS

EN LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE PARIS

POR EL R. P. E. D. LACORDAIRE.

DE LA IGLESIA.

## SERMON PRIMERO.

**De la necesidad de una Iglesia que enseñe, y de su carácter distintivo.**

MONSEÑOR (1):

Señores:

El cristianismo es tan antiguo como el mundo, pues consiste esencialmente en la noción de un Dios criador, legislador y salvador, y en una vida conforme á esta idea. Ahora bien, Dios se manifestó al género humano desde el principio bajo este triple aspecto de criador, de legislador y de salvador, y desde el principio tambien, de Adán á Noé, de Noé á Abraham, de Abraham á Moisés, de Moisés á Jesucristo, hubo hombres que vivieron conforme á esta noción de Dios. Dios se manifestó á los hombres bajo este triple carácter, tres veces antes de Jesucristo, por Adán, primer padre del género humano, por Noé, segundo padre del género humano, y por Moisés, fundador de un pueblo que tanto ha influido por su acción y su presencia en todos los destinos de la humanidad.

Sin embargo, hay un hecho no menos notable, y es que el cris-

(1) Señor Arzobispo de Paris.